




Doña Virginia sostiene una foto en la que aparece su hijo

LOS DESAPARECIDOS EN TAMAULIPAS

Su vida antes de toparse con Los Zetas

 Las noticias que provienen de ese reducto del horror llamado San Fernando no dejan de llegar: 87 muertos, 122 cadáveres, 183 fallecidos... Y contando. Esas cifras ocultan las vidas de hombres sencillos, con virtudes y defectos, que planeaban cruzar la frontera y conseguir algo de dignidad para sus familias.

Un grupo de ellos salieron de pueblos y rancherías de Guanajuato y el Estado de México. **emeequis** encontró a sus padres, hijos, esposas, quienes contaron cómo se llamaban, quiénes eran, de dónde veían, a quiénes amaban, qué deseaban.

Para que sus nombres no se pierda ante la ola de indiferencia oficial y violencia, aquí los escribimos: José, Cirilo, René, Felipe, Juan Carlos, Alejandro y Uriel. Esta era su vida antes de toparse con Los Zetas.

Por Humberto Padgett padgett@m-x.com.mx
Fotografías: Eduardo Loza

Apaseo el Grande, Guanajuato, y Oztolotepec, Estado de México.- Era jueves 24 de marzo y ya casi la libraban. Sólo les faltaba recorrer unos 140 kilómetros para llegar a su destino.

Pero, intempestivamente, el autobús de la línea Ómnibus de México que hacía la ruta Celaya-Reynosa se detuvo.

-¡Tú, tú y tú! -gritó uno de los dos Zetas que subieron al autobús-. ¡Sus credenciales de electores!

Hasta ahí llegaban. La víspera, 12 hombres jóvenes se encontraron en la sala 1 de la terminal camionera de Celaya, Guanajuato, la que está junto a la Central de Abastos.

Por separado, habían llegado antes de las 8:30 de la noche, la hora de la cita establecida por José Núñez, el hombre que los había enganchado y los entregaría sanos y salvos al coyote que los esperaba en Matamoros, quien a su vez los llevaría a Estados Unidos.

Días atrás, José había recorrido los pueblos polvorientos de El Bajío para entregar los boletos del autobús, cuyo costo de 700 pesos aseguraba llegar, primero, a Reynosa, a las nueve de la mañana.

Pero el camión se detuvo antes, frente a un retén colocado en las cercanías de San Fernando, Tamaulipas, un agujero negro que llevaba meses engullendo pasajeros.

Subieron dos hombres con el rostro descubierto y los cuernos de chivo empuñados. Uno se quedó junto al chofer y el otro caminó entre las dos filas de pasajeros.

Nadie sabe cuál fue el criterio de selección, pero entre los gritos y las armas no había lugar para preguntas.

-¡Tú, tú y tú! ¡Sus credenciales de electores!

Ramiro, uno de los 12 guanajuatenses del grupo, José incluido, se agachó para meter la mano en una mochila colocada entre sus pies. Encontró la mica y la extendió a uno de los asaltantes.

-¿Y a ti quién chingados te pidió algo? ¡Ahí te quedas, pendejo! -le respondió el sujeto con poderoso acento norteño.

El hombre tomó las credenciales de elector de los elegidos y las entregó al hombre que aguardaba en la parte delantera de la cabina, junto al conductor. Revisó las cédulas de identidad como quien desliza entre sus dedos estampas coleccionables y ordenó a sus dueños que descendieran.

-¡Los vamos a subir en el siguiente camión que pase rumbo a Reynosa! -anunció.

-¡Sígale! -gritó al chofer.

Ramiro, cuya verdadera identidad se reserva por seguridad, miró salir del camión, uno por uno, a sus 11 amigos la mañana ardiente del 24 de marzo de 2011 en San Fernando, el pueblo tamaulipeco convertido por Los Zetas en cementerio.

Durante horas *Ramiro* esperó al grupo en la terminal camionera de Reynosa. Se plantó frente a la ventanilla de la compañía transportista.

-Nos detuvieron y bajaron a varios de los que veníamos.

-Nosotros no sabemos nada -le respondió un empleado de Ómnibus de México.

Ramiro imaginó que el retén podía ser de la Policía Federal, la Policía Judicial de Tamaulipas, la Policía Municipal de San Fernando o Los Zetas, lo que casi es lo mismo en ese pedazo del país. El viajero dio media vuelta y tomó un camión de regreso a Celaya.



El pueblo de donde salió el único de los 12 hombres que regresó con vida es uno de esos habitado por viejos, mujeres, niños y, más recientemente, fantasmas. Se ubica en el centro-sur del estado.

Los hombres están del otro lado. La iglesia del lugar es un monumento de fe desproporcionado para el tamaño del pueblo, aislado, sí, pero de calles bien pavimentadas y casas de varios pisos, pintadas de azul rey o rosa mexicano. Metros y metros cuadrados de dólares sudados en los naranjales de California o en los restaurantes de Chicago.

Es un sitio silencioso y amartillado por el calor del mediodía. Ni los perros dejan la sombra. Nadie da razón de *Ramiro*. Ni el cura del pueblo lo hace. Adusto, exige no escarbar en la memoria de las familias de los desaparecidos, pues otros de este mismo pueblo sí fueron elegidos durante la ruleta que el Zeta jugó en el autobús de Ómnibus.

Tampoco el delegado municipal habla.

-Tiene semanas que nadie lo ha visto por acá y aquí todos nos conocemos y sabemos quiénes somos -dice, severo, el funcionario-. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

-A ustedes no les importa el dolor ni el respeto -interviene la esposa del delegado-. A mí me falta mi hermano y aquí lo voy a esperar, caminando por su propio pie.

-Nadie les va a decir nada. Ese ya es un acuerdo tomado entre todos. Nomás pregunten y ya verán. Nomás sí les digo que a los últimos que anduvieron preguntando ya nos les fue tan bien al final -advierte el delegado al reportero y al fotógrafo.

Un anciano abre la puerta y admite tener parentesco con *Ramiro*. Apunta el índice derecho hacia una orilla del lugar para señalar la casa del viajero. Pero en esa esquina del pueblo nada se escucha, excepto los ladridos de los perros furiosos por el calor y los extraños.

Tienen razón en querer resguardar la identidad y la seguridad de *Ramiro*. ¿Por qué habría de exponerse un hombre que se le escurrió a Los Zetas a hablar con unos desconocidos?

El dedo de José

Por eso, porque *Ramiro* sobrevivió y fue quien atravesó la cerca verde y maltrecha, Virginia sabe de los últimos momentos de su hijo mayor: José Núñez.

Los otros momentos los ha imaginado gracias a la avalancha de noticias: 72 muertos, 82 cuerpos, 122 cadáveres, 145 occisos, 177 fallecidos, 183 difuntos... repartidos en decenas de fosas de San Fernando, tumbas tumultuarias contiguas a las horadadas para depositar



José Núñez, el enganchador, durante una de sus entancias en Corpus Christi

72 migrantes centroamericanos apenas en agosto de 2010.

—A mi muchacho le faltaba el dedo de en medio del pie izquierdo y me dicen que no hay un cuerpo con esa característica —cuenta la mujer y esconde la cara entre las manos abultadas y despellejadas por el lupus—. Lo he soñado flaco, flaco.

José Núñez, el hijo de doña Virginia, era el organizador del traslado de los 11 migrantes que entregaría en Matamoros al coyote que los pasaría a Estados Unidos. En adelante, todos seguirían su propio camino: Texas, Carolina del Norte, Illinois.

José nació en 1977 y comenzó a trabajar en los campos de alfalfa a los 12 años, se enamoró a los 16 años y al poco tiempo se “robó” a la novia y la depositó en casa de su madre.

“Pos yo los dejé dormir juntos hasta el segundo día”, dice y, sólo en este momento, Virginia ríe y sus dientes largos se asoman.

José se matrimonió antes de cumplir los 17 años con la obligada firma de sus padres en el registro civil. Esa tarde de sábado y boda, Virginia sirvió 32 pollos sacrificados por ella, sus hijas y sus comadres en el patio de la casa en que ahora solloza.

Antes, arregló las bastillas del pantalón y las mangas del saco negro y nunca vio a su hijo mayor más guapo que ese día. “Lo más guapo de él es su imagen. Yo no tengo hijos feos. Pero lo mejor de mis hijos es su forma de ser; es cariñoso y siempre muy apegado a mí”.

También era hombre de fiesta y bailes. Su canción favorita era *El Culpable: Yo te dije piensa lo que dices / no ves que la vida, es como un culpable / cuando sube se siente bonito, / pero cuando baja, eso duele mucho*.

José conocía bien la frontera norte, que cruzó cuando apenas cumplió 17 años de edad, como lo hicieran su padre y su abuelo. Como tal vez esté por hacerlo su hijo de 16 años y dentro de no mucho lo haga el de nueve años, a quienes quizá haya dejado en orfandad. Allá trabajó en la colocación de cemento y en la limpieza de jardines.

Luego se asoció con coyotes, a quienes nutría de paisanos necesitados de reinventar su vida en la otra orilla del Río Bravo, de la del Río Grande. A José Núñez tocaban 200 dólares por cada persona entregada en Matamoros.



La etapa más reciente de su vida inició con una pequeña herida en el dedo del pie, que no tendría trascendencia si José Núñez no fuera diabético desde la adolescencia. La pequeña lesión se complicó y en la clínica del Seguro Social en Celaya le dijeron que deberían amputarle no sólo el dedo y no sólo el pie. Ante el avance de la gangrena, lo mejor era seccionar de una vez arriba de la rodilla.

El hombre y sus padres escucharon con ho-

rror la propuesta y exigieron que le dieran de alta de inmediato. Lo llevaron a una clínica particular, en la que el médico optó por cortar sólo el dedo más dañado.

La cirugía costó 35 mil pesos, más mil pesos diarios de hospitalización y 15 mil pesos adicionales por la realización de un injerto de piel tomada de la cadera. La familia estaba quebrada, por lo que se vio forzada a malbaratar cuatro vacas lecheras, en 6 mil pesos cada una, y pedir crédito a la Caja Popular Libertad.

Así que salir hacia Estados Unidos para saldar las deudas contraídas se convirtió en una obsesión para José. Sólo el pie izquierdo lo detenía y, sin sanar del todo, encontró 11 viajeros en las plazas de toros y en los bailes de la región.

Concertó el viaje, compró los boletos de camión de Celaya a Reynosa y los repartió a los otros viajeros, guanajuatenses de pueblos y comunidades de Apaseo el Grande, Apaseo el Alto, Celaya y Tarimoro, todos municipios de constante e histórica expulsión de migrantes a Estados Unidos.

Cuando se cumplió una semana de ausencia de José, su padre, Cruz Núñez, dejó Austin, Texas, donde estaba laborando, y regresó al pueblo de Guanajuato.

Trató de reconstruir lo ocurrido y subió a un autobús con la misma ruta que había hecho el camión del que se vio bajar encañonado a su hijo.

Se sentó atrás del asiento del conductor, cuyo radio transmitía las noticias. Cruz se enteró así de que había otro descenso obligado de viajeros procedentes de San Luis Potosí en la misma zona.

Consideró que antes del asalto al autobús en que iba José, otros dos habían sido detenidos y sus pasajeros varones forzados a bajar para luego desaparecer. Sabría poco después que habrían corrido la misma suerte migrantes mexicanos del Estado de México, Chiapas y Oaxaca.

Cruz llegó a San Fernando y caminó hasta el enorme tráiler refrigerado que contenía decenas de cadáveres. Pidió que le abrieran la puerta para buscar el de su hijo. Los guardias no accedieron, como sí lo habían hecho el día anterior con otro grupo de familiares.

—Ya están muy mal los cuerpos —se limitó a decir el oficial.

Cruz Núñez tiene 52 años, la mitad de ellos brincando la frontera norte. Ha durado hasta dos años sin regresar a Guanajuato. Es padre de ocho hijos, todos con Virginia. José es el mayor y la menor ya cumplió 11 años. Sus tres hijos varones han trabajado durante distintas temporadas en Corpus, Victoria, Jacksonville y Austin, Texas.

Cruz, como su hijo José, se empleaba en la construcción. “Mi hijo y yo trabajamos juntos allá. Él era muy trabajador. Sabía tirar cemento y hacía de todo. Él trabajaba hasta 10 horas diarias, ganando 10 dólares la hora”.

—¿Desde hace cuánto comenzaron a escuchar de Los Zetas?

—A Los Zetas los mientan desde hace tiempo, no es de ahora, tiene unos 10 años, pero no salía a relucir. Lo sabemos porque es de llegar a la frontera y traer el dinero listo pa’ ellos. Antes eran 200 pesos y se incrementó a 600 y ahorita son 200 dólares sólo para llegar al cruce. Todo el tiempo se topa uno con Los Zetas. Nomás es de llegar a la central camionera y ya están esperando afuera.



Don Ascensión muestra el album con las fotos de sus hijos desaparecidos

—¿Se volvería a ir a Estados Unidos? —se le pregunta a Cruz.

—Pos es algo que estamos pensando —responde con su gesto inmutable.



En cualquier momento, José, su hijo, atravesará la cerca verde y descarapelada. Se abrirá paso entre las gallinas que vagan por el patio y se sentará a la mesa de su casa, en San José del Llano. Pedirá una cerveza helada y olerá el mole hecho durante un día entero por Virginia, su madre.

Contará las peripecias de las últimas cuatro semanas, cuando el camión Ómnibus de México del que salió el 23 de marzo de Celaya fue detenido abruptamente. Dos hombres con la cara descubierta y armados con cuernos de chivo subieron al camión.

Pero esto sólo es el deseo de Virginia.

—¿Cómo era su hijo?

—Tranquilo, por eso no entiendo —solloza Virginia—. Ellos iban a buscar una nueva vida. No entiendo por qué les hicieron esto. No entiendo por qué los de Ómnibus están tan tranquilamente y siguen vendiendo sus boletos y mandando a la gente por el mismo lugar. Les bajaron gente el 24 de marzo, el 25 y de nuevo el 28. Si ya sabían que les habían abajado gente de dos camiones desde el 24, ¿por qué siguieron vendiendo los boletos sin hacer ninguna averiguación?

—¿Tiene usted idea de por qué los bajaron?

—No se explica uno, porque todavía mi hijo fuera agresivo o anduviera mal, pero él no era así. No me explico, por Dios que no. Yo les pido a mis hijos que ya no se vayan. Nunca me habitué a que fueran. Nomás les echo su bendición y les digo que Dios los acompañe. Es una angustia muy grande desde que amanece a anochece y sin hallar solución, con menos esperanza. Ni movernos podemos. Me habla un señor del gobierno del estado y nos pide que dejemos todo en sus manos y que en cuanto haya noticias de mi muchacho nos busca, que estemos preparados.

—¿Usted qué piensa?

—Viendo tanto muerto, pienso que a mi hijo le pasó lo peor, pero le pido tanto a Dios que creo que mi hijo está bien. Y no sé que me duele más, si la espera o el duelo. ¿Hasta cuándo esperar? Yo sé que el dolor ya no se me va a quitar. No es que mi marido no lo sienta. Lo sé porque me dice: ‘Sí lo siento, pero nomás de verte a ti, si nos ponemos igual, ¿a dónde vamos a llegar los dos?’.

Si ya lo tuviera, aunque fuera muerto, por lo menos le haríamos su misa de cuerpo presente y le rezaríamos por el descanso de su alma. Al menos sabría a dónde ir para dejarle una flor... es peor la angustia. ¡Qué bueno fuera que mi hijo llegara ahorita! Anoche soñé que mi hijo estaba bien flaquito y tenía mucha hambre y eso me atormentaba, pero no pude darle de comer a mi muchacho, por que en ese momento desperté.

Los muertos no escuchan

El más grande de los hermanos Escamilla Villanueva, Felipe, pasó 16 años en Carolina del Norte sin regresar a su pueblo, Rancho Nuevo, también en Apaseo El Grande.

Se casó con una chicana, con quien tuvo dos hijos, y luego se divorció. Después lo hizo con una estadounidense. Las cosas se complicaron hasta que el mexicano se quedó sin dinero. Volvió a Guanajuato en noviembre de 2010 a pasar la fiesta del pueblo y extendió la estancia algunos meses más, hasta que se hartó del cacareo de las gallinas y el cloqueo de los guajolotes.

El otro, Alejandro, había pasado cinco o seis meses durante su temporada más larga en Estados Unidos antes de extrañar la quietud y familiaridad y resolvió regresar.

Pero la necesidad se impuso y, con Felipe y otro hermano menor, discutieron la posibilidad de armar una cuadrilla de trabajo dedicada a la construcción con otros dos hermanos asentados desde hace tiempo en Carolina del Norte.

El trabajo como jornalero en el campo en Guanajuato se paga, si bien le va al campesino, a 100 pesos por día. En Estados Unidos, un hombre experimentado en la colocación de cemento gana 10 dólares la hora, pero si además sabe pintar, asistir en la instalación de cableado o de tubería, el ingreso se duplica.

Sin embargo, ante la falta de dinero para pagar al pollero y al coyote y el embarazo a medio término de su mujer, el más joven de los hermanos optó por quedarse, coincidencia con que salvó la vida.

El costo de irse al otro lado de partir ha ido aumentando. Hace 10 años era de entre mil y mil 500 dólares, incluidos el cruce de la frontera y la caminata guiada por el desierto durante tres noches hasta Austin. Ahí se paga. Tras el refuerzo de la seguridad de la frontera estadounidense. La cuota se ha disparado a entre mil 800 y 2 mil dólares.

Además, se paga el nuevo impuesto exigido por Los Zetas. “La mochada para Los Zetas era de otros 200 dólares por cada persona. Mis hijos en Estados Unidos tenían que mandar 400 dólares por los dos y pagarle a Los Zetas para que los dejaran pasar”, anota Ascensión, el padre de todos ellos.

Si alguien tiene una idea clara de la muerte ese debe ser don J. Ascensión Escamilla Olmos. La mayoría de sus hermanos murieron a pequeña edad. Su madre falleció en el parto del menor de sus hermanos. El padre, años después, atropellado en el Distrito Federal.

Ascensión se hallaba en Texas, en la dura pizca de algodón, cuando recibió el aviso. Para entonces, dos hijas suyas, de seis meses y de tres años, habían fallecido por enfermedades controlables.

Por eso Ascensión sabe de las vicisitudes de la frontera y sabe de la muerte y sobre la muerte piensa cuando habla de sus hijos Felipe y Alejandro, desaparecidos en San Fernando.

El 22 de marzo por la tarde, José Núñez tocó el portón azul de la casa de los hermanos Escamilla. Lento, Ascensión caminó y saludó a José. Platicaron algo banal y el pollero dejó los boletos de camión a Reynosa.

—Mañana a las ocho de la noche, en la sala 1 de la cen-



Felipe, migrante desaparecido en San Fernando, Tamaulipas

tral de Celaya –dijo José y escribió los datos al reverso de los billetes de viaje.

El 23 de marzo por la noche, Ascensión subió a su vieja pick up Chevrolet azul y llevó a sus hijos. Hombres de pocas palabras, siguieron en silencio los 20 minutos de camino. En la sala de espera ya aguardaban los otros 10 viajeros.

–¿A qué hora llegamos? –preguntó uno de ellos a José.

–Más o menos a las nueve de la mañana. Compren una botellita de agua, porque después de San Luis Potosí el autobús ya no hace paradas.

Felipe y Alejandro escogieron jugo de naranja envasado y se despidieron de su padre.

–Que les vaya bien, hijos. Que Dios los acompañe.

Siguió a su camioneta, pero volvió para ver si más gente subía al Ómnibus, pero sólo vio las luces rojas traseras del camión antes de dejar el estacionamiento.

“¿Quién iba a saber lo que venía?”, reflexiona don Ascensión. “Nomás se supo que en San Fernando los bajaron, pero el camión siguió y no sabemos por qué el chofer no reportó”.

No llora porque aquí el llanto es falta imperdonable, aun cuando dos hijos puedan estar hundidos en tierra ajena.

El gobierno federal presentó a Martín Omar Estrada Luna, *El Kilo*, jefe de plaza en San Fernando de Los Zetas, como el responsable del asesinato de al menos 222 personas, incluidas todas las encontradas en las fosas, y ha arraigado a decenas más, entre estas policías de ese municipio.

–¿Qué piensa de *El Kilo*, ve usted al mal en él?

–Yo no sé por qué Dios, que con su poder todo lo puede acabar, no deja inválidos y ciegos a esos hombres y en cambio les permite hacer la muerte. No quisiera yo que los mataran; quisiera yo que vivieran sin nada.

El hijo del padre

En una esquina de la sala de esta casa, en Rincón de Tamayo, Celaya, varias figuras religiosas rodean la fotografía de Juan Carlos. El muchacho toma por el talle a su hermana, quinceañera el día que se tomó la imagen. Él viste de gala, con faja y corbatín negros; ella de vestido largo de olanes y encajes color mamey.

Juan Carlos, de 20 años, era uno de más pequeños del grupo de José Núñez y, junto con otros dos amigos, tenía como destino Chicago, ciudad en la que su padre se ganó la vida en la construcción antes de que el propio Juan Carlos naciera.

Juan Carlos ya conocía Illinois. Su primer cruce lo efectuó dos años atrás y le fue bien en una empacadora de fruta y verdura. Trajo dólares, gorras, tenis y el proyecto de regresar al otro lado para reunir dinero y comprar un terreno sobre el cual construiría su casa.

No había recursos para que continuara la es-

cuela, trunca el primer año de preparatoria. Pero aun si los hubiera, la educación superior le parecía poco prometedora si se atendía a los sueldos y el subempleo de sus conocidos con título universitario.

En medio de El Bajío, fue mesero en un pequeño restaurante de mariscos, con un sueldo, incluidas propinas, de 800 pesos mensuales. No había discusión: regresaba a Estados Unidos. Contactó con José Núñez y se pactó la salida.

“En México las cosas han cambiado para empeorar desde los más de 20 años en que me fui la primera vez”, dice el padre de Juan Carlos.

El hombre ya conocía la rutina y sintió orgullo por el coraje de su hijo para buscar su vida. Estaba seguro de él: nunca hubo una riña, nunca una detención policíaca, nunca una borrachera hasta el amanecer, nunca hubo drogas.

Atraviesa la casa, levantada gracias al trabajo en Illinois. Si sus hijas estudian y su familia ha tenido atención médica ha sido gracias al trabajo en el otro lado.

Muestra el cuarto de su muchacho. Media docena de cachuchas beisboleras cuelgan de clavitos en la pared de la cabecera de su cama. Otro tanto de pares de tenis Nike están apretujados bajo las sudaderas y los jeans tres o cuatro tallas más grandes que la suya.

En otro muro, Juan Carlos dejó inconclusa la imagen de una Virgen de Guadalupe. En una mesita descansa una camioneta naranja de control remoto, el primer regalo que Juan Carlos recibió de su padre cuando éste regresó de su segundo viaje.

–Aquí puros recuerdos, sólo recuerdos... A veces pienso que mi hijo quiso seguir mis pasos y eso yo lo vi bien, porque él quiso seguir su sueño. Y luego pienso que el mejor día de mi vida fue cuando lo vi nacer y la partera me entregó al primero de mis hijos. El peor fue cuando lo supimos desaparecido. Quise pensar que no estaba pasando eso, pero tuve que darme cuenta de que sí está pasando... no podemos aceptarlo.

El padre se detiene frente al altar de la sala, en donde la familia se reúne a rezar a las 8.30 de la noche, la misma hora en que se fue, con la esperanza de que, así como *Ramiro* no les interesó a Los Zetas, Juan Carlos se les haya escapado y esté por ahí, en el monte, escondido y esperando la oportunidad de volver a Rincón de Tamayo.

Entonces se reunirá con su hermana, la quinceañera, y la otra, que pronto será madre, y con su propia madre, otra vez embarazada.

Pero, de los desaparecidos de los camiones detenidos en San Fernando, nadie ha vuelto.

–¿Cuál es la principal cualidad de su hijo?

El padre abre la boca y jala aire. Sólo él rompe la ley de que los hombres no lloran.

–Pos, la verdad, no hallo en mí una palabra que se lo pueda contestar.

–¿Qué piensa de estos hombres?

–El gobierno de Guanajuato nos ha pedido no hablar nada con la prensa. ¿Usted cree que por decir lo que pienso de ellos y lo que quiero para ellos vengán hasta acá y le hagan daño a mi esposa e hijas?



Altar dedicado a Juan Carlos



Eleazar y su madre esperan una buena noticia. Quieren creer que Camilo fue bajado del camión y llevado a una casa de seguridad.

Lo habrían amagado, entonces, y obtenido su teléfono. Los secuestradores habrían exigido un rescate a cambio de su vida y todos sus hermanos, en México o Estados Unidos, habrían vendido lo que fuera para regresarlo a la casa materna.

Pero la verdad es que nadie habló a casa, toda pintada en su interior de rosa pálido, para pedir rescate.

En la puerta de la entrada, es Eleazar quien habla. “Ya no es el México lindo. Ahora es pura pinche matanza. No es justo que los maten como si fueran perros y los avienten a un agujero. Yo nomás quisiera que enviaran el cuerpo de mi hermano pa’ que mi mamá se convenza, enterrarlo y seguir con la vida pa’delante.

“Nosotros nos vamos a partir la pinche madre allá, bajo el sol y la nieve. ¿Por qué no cuidaron esa carretera de Tamaulipas si desde el año pasado están abajando gente de los camiones? ¿Por qué Ómnibus siguió con las corridas por San Fernando? ¿Por qué todos sabemos que para pasar la frontera hay que pagarle al Zeta y nadie hace nada? ¿Por qué los abajan, si ni siquiera es pa’ secuestrarlos y mi hermano y los demás, yo los conozco, no andaban de mañosos?

“Pero nos piden que nos calleemos y que no hagamos nada. Y aquí estamos con la impotencia y el coraje de no saber ni qué chingados. Mi hermano deja un hijo de 19 años, allá en Estados Unidos. ¿Cómo no va a crecer con odio ese muchacho? ¿Y odio contra quién? Pues odio contra quien chingados sea”.

Tres viudas para tres hermanos

La madre de Cirilo, Uriel y René Carvajal Franco desapareció hace 10 años. Estaban furiosos con ella porque inició un noviazgo antes de cumplir el año de viuda, así que nadie hizo por buscarla, hasta que Cirilo decidió un día hallar a su madre.

Los hermanos encontraron a la mujer un año después en un cuarto de Toluca, sólo que tenía varios días muerta sin que nadie lo hubiese notado. La sepultaron en medio de la culpa por no buscarla a tiempo.

René y Uriel, los dos menores, eran niños cuando quedaron en la orfandad y debieron ir de casa en casa de familiares para terminar de crecer.

En poco tiempo y con su respectiva esposa o pareja, cada hermano tomó un camino diferente. Otro de ellos, Mario, había migrado a Estados Unidos y ahí la vida mejoró lo suficiente como para proponer a sus hermanos que lo siguieran y dejaran el caserío de ladrillos y techos de lámina en Oztolotepec, Estado de México.

Ahí son más los días en que no corre agua potable que en los que sí. No existe el drenaje y la energía eléctrica la obtienen de un cable colgado de un lejano poste.

Cuando alguno de los niños enferma, quien tiene 25 pesos en la bolsa evita el centro de salud pública, pues la visita al médico se convierte en un día entero y la posibilidad de que exista desabasto de medicamentos es frecuente, así que lo lleva a un consultorio del Doctor Simi.

De eso huía Uriel cuando le tomó la palabra a su hermano y partió al norte el 23 de marzo de este año. Salió a las 8.30 de la noche de la central de autobuses de Toluca en un camión de Ómnibus de México con destino a Reynosa, a donde debió llegar a las 9 de la mañana siguiente: copia fiel de lo ocurrido a los 12 guanajuatenses.



El domingo 27 de marzo, Andrés, el mayor de los Carbajal Franco, buscó a Cirilo y René para avisarles que Uriel estaba desaparecido. No les dio detalles y sólo les comentó que la situación podría ser seria.

–Ha de andar de borracho –le dijo a Cirilo su esposa Elizabeth, con la idea de evitar que dejara la casa en domingo.

–Pues vamos a ver qué nos dice –resolvió él.

La pareja fue a Xonacatlán y, antes de ir a la casa de Andrés, compraron pasta para freír chicharrones de harina, uno de los gustos de Cirilo.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Andrés.

–Pues buscarlo, ¿qué más? –asumió Cirilo la responsabilidad.

–¿Dónde?

–En la terminal de Reynosa. Se ha de haber quedado sin dinero, ahí mero debe estar.

–Pero es peligroso ir para allá.

–Sí, pero ni modo que nos pase igual que con mi mamá y cuando lo queramos buscar lo encontremos pero muerto.

–Busquemos a Mario para que nos mande dinero y no se venga a buscarlo él. Vamos nosotros –propuso Cirilo.

–No te vayas, no es tu responsabilidad. Él ya está grande y sabe lo que hace –terció Elizabeth.

–Pero es mi hermano y no quiero que le pase lo mismo que a mi mamá– repuso Cirilo.

–Vámonos, porque mañana tengo que ir por la leche a Liconsy y ya es tarde. Por favor, tienen clases y a mí es a la que le van a llorar los niños por la leche...

–¿Qué va a pasar por un pinche día sin que vayan a la escuela? –respondió el hombre con su natural firmeza y ella entendió que no debía insistir más.

Convinieron en que Cirilo y René buscarían a Uriel, pues Andrés, a diferencia de los otros dos, tenía trabajo fijo e inaplazable. Todos durmieron en casa de Andrés. Al mediodía del lunes recibieron el envío de dinero de Mario: 3 mil 425 pesos.

–Ese dinero no te va alcanzar –retomó Elizabeth la ofensiva contra el viaje–. Sólo de los boletos de ida para los dos son 2 mil 800. ¡No te va alcanzar!

–¡Pues entiende que me voy a ir! –gritó él.

Quedaba pendiente resolver qué teléfono celular llevarían para cualquier emergencia. El único disponible era el de la esposa de Uriel, pero se ella se negó a prestarlo.

Por la tarde, Cirilo llevó a su mujer e hijos a la casita que recién habían ocupado en Oztolotepec.

–¡No te vayas, por favor! –lloró ella.



Elizabeth, una de las tres mujeres que esperan a sus maridos desaparecidos

—No te preocupes, yo voy a regresar. ¿Cómo no voy a buscar a mi hermano? Estoy de vuelta el miércoles por la tarde, a más tardar el jueves.



Cirilo se acercó con quietud a Elizabeth y la invitó a bailar. Ella apenas tenía 14 años y Cirilo, 18. Quedó enamorada.

Se conocieron durante las siguientes dos semanas y, tras la formalización del noviazgo, a los pocos meses, Elizabeth y Cirilo se acomodaron en casa de él, en un pueblo conocido como La Concha, en Oztolotepec.

En esa época Cirilo trabajaba con un tío. Cargabán y descargaban rollos de papel en Toluca y la Ciudad de México. Iniciaba la labor a las cuatro de la mañana y regresaba a las seis de la tarde. Si el trabajo faltaba, vendía barbacoa en Xonacatlán, cortaba zacate en La Concepción de Hidalgo o pastoreaba vacas en Capulhuac.

Al poco tiempo, Cirilo comenzó a beber y adquirió un ánimo pendenciero. Ocurrieron las primeras separaciones y las noches de alcohol fueron constantes, luego de que desapareció su madre. Todo empeoró cuando Cirilo la encontró muerta.

Su primer hijo nació en 2002, Los otros tres, todos varones, nacieron consecutivamente cada dos años. El más parecido a Cirilo es el mayor, Jorge Francisco, un chico arisco de nueve años recién cumplidos.

Cirilo estudió hasta segundo de secundaria. Apenas leía y peor escribía. Pero se afanaba en ayudar con las tareas a sus hijos y pegó una cartulina con el abecedario impreso en colores sobre el tabique desnudo de una pared.

—Al más chiquito, al de tres años, le quiso enseñar las letras y los números...—las palabras se le atorán a Elizabeth en la garganta.

El equipo de fútbol de Cirilo era el Cruz Azul y jugaba en cada oportunidad en los llanos de la región. No dejaba de encender la televisión para ver las luchas libres. Se había aficionado particularmente a los encuentros teatrales de los gladiadores estadounidenses.

Le gustaba el guacamole bien picante y las tortillas fritas con aceite. Su camisa preferida era una azul rayada que su mujer sacó de un montón de ropa regalada. “Había cambiado, porque le juró al Señor de Chalma no volver a tomar y a mí quererme como al principio. Por eso yo no quería que se fuera, porque él ya quería estar con nosotros. Pero se fue”.



La tarde de lunes que partió calzaba tenis y vestía pantalón negro de mezclilla, playera verde limón con cuello y chamarra de pana azul marino. Dejó su cartera y sólo se llevó su credencial de elector. Abrazó a su mujer con fuerza y la besó en la boca.

Cirilo y René repitieron el viaje de Uriel: mismo derrotero, mismo horario, misma compañía transportista.

Dejaron el Estado de México el 28 de marzo y el camión apareció abandonado a la mañana siguiente, cerca de San Fernando, donde semanas después encontraron las fosas de entierro clandestino.

La Procuraduría de Tamaulipas encontró la credencial de René en uno de los cuerpos. El documento fue faxeado a la Procuraduría del Estado de México y fue así como la desaparición de los tres hermanos tomó forma en la casa de sus tres viudas.

Poco después comenzó la procesión de familiares por ministerios públicos federales de aquí y allá, entregando muestras de cabello, sangre y saliva para obtener muestras del ADN y compararlo con el de los cuerpos encontrados hasta ahora.

A la fecha, la Procuraduría General de la República sólo ha entregado dos de los 183 cuerpos hallados en 20 fosas. Nadie descarta que no salgan más muertos de los hoyos de Los Zetas.



Elizabeth acaricia la cabeza de su hijo, de la que arrancaron un mechón de cabellos en búsqueda de su padre. El niño baraja la colección de fotos. Musita a sus primos: “Este es mi papá cuando jugaba fútbol”.

La casa de Elizabeth es un cuarto de 24 metros cuadrados divididos en dos espacios por una sábana colocada como cortina con un cordón. Uno está dedicado a la cocina que carece de refrigerador y a una mesita para comer. En el otro se acomodan dos camas matrimoniales. En una dormían Cirilo, Elizabeth y el más pequeño de sus hijos; en la otra, los tres niños mayores.

El techo es de láminas de asbesto, ya ennegrecidas, obsequio de la madre de Elizabeth. Entre los huecos de las hojas de asbesto y los bloques de cemento, colocaron trapos y ropa inservible para contener el frío cortante en las madrugadas del centro del Estado de México.

El único programa de asistencia social al que tiene acceso es uno federal llamado Programa para Alimentación: 780 pesos cada dos meses para comprar comida. No reciben ningún tipo de ayuda de parte del gobierno del Estado de México.

Uriel, padre de un niño pequeño, habría cumplido 21 años el 10 de abril y René habría llegado a los 23 en agosto. René se casaría en las próximas semanas con una mujer de Santa Ana Jilotzingo, con quien tuvo una niña, quien sería bautizada el mismo día de la boda.

Desde algunos meses atrás, Cirilo había dejado los domingos de cruda y los juegos de fútbol de los que regresaba medio ebrio.

“Él quería cambiar de vida, vivir bien. Ser de otra manera, dejar de pelear y pasar más tiempo con nosotros. Hizo un juramento de año y medio de abstinencia que le hizo al Señor de Chalma.

“Me dijo que en estos mismos días se pondría a trabajar para conseguir dinero y darle a mi mamá para que fuera por mi acta de nacimiento para que no hubiera ningún pretexto y nos casáramos. Eso fue lo que me dijo. Él ya era diferente conmigo”. ¶